

Play

Luy

*luy*

*Play*

## Capítulo 1

Mamá me pregunta a dónde voy, con quién. Papá, desde atrás, la corea, me pregunta lo mismo y agrega que le parece muy corta mi pollera. Escandalosa. Es un pedazo de tela, no una pollera. Un horror. Me van a violar, dice, me lo estoy buscando. Yo revoleo los ojos. Le digo que no sea machista, que no sea retrógrada, que no sea un viejo de mierda; que no me joda, le grito mientras salgo a la puerta a encontrarlo. Cuando digo "Miguel", mamá salta con eso de los valores y de la moral. Pero mi moral. Moral distorsionada, valores dudosos, todo eso... A ella también le revoleo los ojos, le hago fuck you cuando no me ve.

Miguel me espera siempre estacionado en la esquina, nunca en la puerta; siempre con la música al palo, siempre música electrónica o Bob Marley; si me quiere complacer, suenan los Red Hot. Si está usando gorra, es porque no se peinó el jopo, no tuvo tiempo, o ganas, o no lo pudo controlar. Hoy nos vamos a su casa, hoy que es feriado. Tenemos vino, tenemos faso, tenemos comida como para encerrarnos por un mes o al menos unas largas horas. Maneja y reputea. No hay vez en que no se le cruce algún auto, o algún loco que lo encierre, o algún camión que no lo deja pasar. Maneja y le pasa todo, y yo, entre risas, le digo que tiene un imán para las desgracias. Ni bien agarramos la General Paz, prendo un porro rutinario. Él va a las chapas. Cuando me doy cuenta, está yendo a ciento cuarenta, ciento sesenta. Me enojo. Le digo que no sea suicida, que no sea pelotudo, que se mate solo, si quiere, pero no conmigo en el auto. Por suerte, él no me hace renegar, desacelera, y yo respiro tranquila.

Miguel vive en Devoto, en un complejo al que yo llamo "vecindad", aunque no conozco a ningún vecino. Cuando entramos a su loft, pone música desde la televisión, prende la calefacción y descorchamos un vino. Yo me siento en el sillón individual violeta, con mi copa, y tarareo una canción que desconozco, pero que ahora se me pegó porque alguna otra vez la escuché, también sentada en ese mismo lugar, también tomando algo, y tarareo y muevo la cabeza al tiempo que reviso mi celular.

La pared de su sala es verde loro y odio ese color, pero en su pared no me molesta. Su cocina es diminuta y los platos se acumulan, infinitos, en la pileta. Los platos de toda la semana.

No lo vi acercarse, pero ahora lo tengo al lado y lo sé porque me tira del pelo. Me tira fuerte con su mano derecha, con su mano hábil, me obliga a

mirarlo. Yo me río, no puedo evitarlo, porque sé que me está buscando; y porque sé lo que me espera, sé que no es más que el comienzo, y entonces mamá y sus valores, y su moral, y mi papá escandalizado se hacen presentes en mi cabeza. Me río más, mucho más, todo entre dientes. Él tira más de mi pelo, mucho, fuerte, hasta que aprieto los ojos. Pero no paro: no puedo cortarla con mi risita.

Me río.

Él tira.

Me lloran los ojos, pero yo sigo y lo miro. Lo miro fijo, con mis ojos brillantes y aguados. Sé que es cuestión de segundos; sé que no necesita más que un momento fugaz para transformarse absolutamente, para que le cambie la cara, la voz, para que sus pupilas sean completamente negras, para que su actitud corporal sea otra.

Lo miro, lo provocho; sé que no me cuesta nada ponerlo loco, que tengo el poder de darle play, que es tan fácil como apretar un botón.

Y no lo puedo evitar, necesito hacerlo.

Él me tira más, más fuerte, sigue; me pregunta que de qué me río; me dice puta y me tira del pelo, y me lo pregunta una y otra vez, y yo me río más, más fuerte, tan fuerte como él tira. Le digo que me rió de él, que me parece obvio, que de qué me voy a reír.

Entonces play, botón, sopapo.

Nunca lo veo venir, porque no sé si lo estoy esperando. Mi cara arde, pero es un instante, aunque no siento el pómulo, aunque tal vez me mordí.

Otro sopapo, el mismo pómulo. Después el otro.

Tardo en acomodarme las ideas, me da vueltas la cabeza. Respiro hondo, pongo los ojos en blanco. Lo vuelvo a mirar, con mi cara adolorida, con mis ojos en llamas, con mis pómulos que ahora parecen la cola paspada de un bebé. Lo veo muy fijo, le regalo una sonrisa enorme y le digo que no, que no me duele. Pero sí, sí me duele, mucho, muchísimo; pero no alcanza, no todavía, no tengo suficiente. Y de repente, cuando tira de mi pelo y me arranca del sillón, y me arrastra, porque con suerte puedo enderezarme, ya no tengo el control de nada. Me estampa contra la ventana de la cocina, me golpeo la cabeza, el vidrio suena, el golpe, como un crujido. Y me pierdo. Lo escucho hablarme, decirme una y otra vez palabras, cosas que no puedo responder, que no me deja responder porque me calla; porque si no me como un sopapo, es un tirón de mi pelo que me deja sin aire; y si no es nada de eso, es porque me muerde el labio o la lengua. Todo va perdiendo sentido, también pierdo los sentidos:

no oigo, no veo, no siento. Siento un dolor constante, que me penetra una y otra vez todo el cuerpo; que me deja exhausta como si hubiera corrido una carrera mientras me fumo un cigarrillo. Me pregunta si me gusta, pero si no le gusta cómo le contesto: mi tono, la forma, las palabras, viene el sopapo, ese lo tengo calculado. Mi risa es lo único que me acompaña, cada vez más intermitente, hasta que no tengo más aire que para respirar hondo, para mantenerme consciente, para controlarlo todo. Y no sé cuándo o cómo terminé otra vez en el sillón. Y me tiemblan los brazos, las piernas, la voz. Respiro rápido, acelerada, como si me estuviera ahogando. Busco acomodarme, pero no me da tiempo y me da vuelta en el sillón con la facilidad con la que revolearía un almohadón. Yo estoy vestida a medias, ahora me doy cuenta; lo único que me queda puesto es mi pollera, la que papá odia, y mis medias y zapatos. Tengo frío, la piel de gallina y, sin embargo, no puedo pensar en eso. Aspiro hondo. Muy hondo. Cierro los ojos porque se viene el nalgazo, los nalgazos, al menos hasta que me retuerza; al menos hasta que me escuche gritar, pero en serio, aunque siempre para adentro, a grito ahogado.

Son las cuatro de la tarde, pero la sala está oscura, la casa entera está a oscuras. Él es solo una silueta, otra persona, otra voz, un cuerpo distinto, una persona distinta. Y todo acaba cuando él acaba, cuando lo siento venirse sobre mí y lo siento caliente; y es lo único que siento en lo que va de hora y media: su leche, caliente, escurriéndose por mis piernas. Y yo me deslizo por el sillón, despeinada, con mi maquillaje corrido, con mi cara roja, con mi cabeza calesita; y él se sienta, respira, también se recompone, y no nos queda más que silencio y oscuridad. Lo busco; busco dar con sus ojos, porque tanto silencio me asusta, porque no me gusta, porque ya está. Y él está llorando, o eso me parece. Me muevo de donde estoy, con mis piernas temblorosas, hasta tenerlo en frente y me pongo en cuclillas. Veo las lágrimas que brotan, sus cachetes mojados. Yo ya no me río ni nada de eso. Lo abrazo, eso hago, eso me nace. Es la primera vez que lo abrazo desde que lo conozco. Lo rodeo por el cuello, fuerte, como una garrapata, y él se deja. Le acaricio la cabeza, le revuelvo el pelo. Su respiración es pausada y profunda, contenida. Apoyo mi cabeza en su hombro, le susurro si está bien. Él solo mueve la cabeza, despacio, asiente. Ahora sus dos brazos me circundan, me aprisionan, me acorralan contra su cuerpo, me pegan a su pecho, siento el calor que emana, siento su remera mojada.

—Mi mamá murió cuando yo tenía nueve... —me dice y le tiembla la voz, quebrada, como hace un rato me temblaban a mí las piernas—. La mató mi viejo. La cagaba a palos.

Un estremecimiento de pies a cabeza, un cosquilleo en la parte baja de la columna, una sensación rara en el estómago. El nudo en mi garganta es grande, enorme. Quiero llorar, secundarlo, pero no puedo hacerlo porque él está mal, porque me necesita entera y sonriente, porque la culpa es

grande, porque no soporto verlo así...

Le corro el pelo de la cara, le seco las lágrimas y le sonrío.